

En una capillita de Petare... El secreto del Padre Veretta

Páginas, 1953-07-01.

Yo sabía de buena tinta que el Padre Veretta andaba metido entre bielas, ruedas y palancas a punto de descubrir el secreto del movimiento continuo. También supe que era algo así como un secreto de confesión. Con ese bagaje en mi mochila me fuí a correr el albur de hacerle un reportaje. Sentía también curiosidad por ver a un cura metido a inventor de una eternidad distinta a la que se referiría, seguramente, muchas veces en sus sermones: un movimiento mecánico de duración eterna, como su alma ansiosa de Cielo... El buen Padre tenía que sentirse un poco Dios... ¡Y conste que en ningún momento he dudado yo de la humildad trapense del Padre Veretta...

* * *

Petare avanza a lomos de un cerro. Quiero decir que está quieto. Si lloriquea un niño, se oyen las mañas a tres cuadras. Lo de estar a lomos de un cerro, es verdad. Como es cierto que el Padre Veretta es un desconfiado y un terco. Eso no quita para que sea bueno y generoso, y humilde: pero desconfiado y terco... ¡no habrá otro igual! Como es difícil encontrar otro pueblo tan tranquilo y de tanto sosiego como Petare. Todo tiene su cara y su cruz. Como la capilla del Calvario...

La Capilla está en la cima. Llegue uno desde donde llegue, de ahí en adelante le toca bajar. La capillita es cosa pequeña y linda. Viejita. Pero con tiesura y garbo de moza: pintada, cuidada, limpia. Con su torrecita a un lado, con sus campanitas de juguete, cualquiera tomaría la casa por un pequeño convento de clausura. A un lado queda otra más modesta; la casa parroquial. Haciendo guardia a la puerta hay una placa de mármol recordando al antiguo párroco, hombre de mano generosa y grandes méritos de santidad: *Al Padre Maraury, en el cincuentenario de su muerte: 1888–mayo 2–1938.*

* * *

El Padre Veretta tiene 74 años. Lleva ya 52 en Venezuela y algo más de 6 en Petare. Este viene a ser algo así como su capillita de retiro. Aunque él no lo admitiría nunca. Celebra misa todos los días, da sus clases de catecismo y atiende a confesiones. Eso es todo. Bueno, y el movimiento continuo...

Yo no le hablé de eso cuando llegué. Sólo me atreví a decirle que venía a ver la capillita, que tenía fama de milagrosa. El Padre miró al fotógrafo, fijó los ojos en la cámara y no dijo nada. El esperaba que yo le dijera algo, y le dije:

– Padre, es que queremos hacer un reportaje de la capilla...

Todavía no nos había abierto la puerta. La mantenía entreabierta, quedando él en la penumbra. Llevaba una sotana blanca, como de automovilista de principios de siglo o de

monaguillo en días solemnes. "Este –dije para mí es el traje que usa para descubrir el movimiento continuo". El Padre diría para sí: "Este es un periodista curioso que quiere saber de mi invento". Advertidos los dos sin cruzar una palabra, me dijo en alta voz, con una sonrisa comprensiva:

– Entonces, pase, pase... La capillita es por ahí...

El vino detrás: "Adelante, adelante –nos empujaba un poco socarronamente– a la izquierda..." Después de atravesar un pasillo bordeado de candelabros viejos, pedazos de araña, cuadros blancos de polvo, entramos en la capillita por la puerta que flanquea la Sacristía. El fotógrafo y yo paramos en el umbral. El Padre se adelantó entonces con prisa, se arrodilló frente al altar, dejó caer su cabeza blanca y redonda sobre sus manos, y empezó a rezar. El para evitar alguna posible irreverencia nuestra, se adelantó a mostrarnos lo que se debía hacer en circunstancias parecidas. Después que nos vió persignarnos con alguna soltura, dijo como sembrando a volea que había recibido a muchos periodistas que entraban a la iglesia como si fuera a una redacción. No lo dijo, pero las redacciones de los periódicos deben parecerle al Padre Veretta lugares muy irreverentes y ruidosos. Me lo imagino por la cara que puso.

Yo me interesé por los detalles de la capilla. El Altar representa todas las partes importantes del Divino Sacrificio del Gólgota: Jesús crucificado, la Virgen María, dos de los deicidas. Esta escena queda dentro de una vitrina de cristal, en el centro del altar. Los dos ladrones que murieron con Cristo están a ambos lados, fuera de la vitrina, las cruces sujetas a las columnas que flanquean la mesa del ara.

El techo de la capilla es de caña. Todas las puertas y ventanas están cerradas. La luz de los bombillos colgados del techo entre vigas enormes de madera de las viejas construcciones, se rompe en sombras gigantescas, sólidas, pesadas, que van conformándose a troquel de los detalles de las imágenes, los bancos y las sillas de bejuco y madera en un milagro de ductilidad. A un lado, el confesonario: un cajón estrecho, con su puertita y la ventanilla de rejilla, pintado de amarillo y rojo. Pero encima no tiene ninguno de los detalles que llevan de costumbre estos lavabos de almas. Tiene encima como una baranda, y a un lado una escalerilla empinada que tiene que crujir mucho. El Padre Veretta me dijo que aquello era el púlpito. Como hay tan poco espacio en la capilla, el confesonario y el púlpito se hicieron de una sola pieza. Desde ahí arriba hace el Padre Veretta sus tranquilos sermones de aldea.

– Padre, éste es un magnífico lugar de reposo y de meditación. Parece que estamos a cientos de kilómetros de Caracas. Usted tiene que sentirse realmente feliz aquí.

– Lo soy, sí, es verdad. Me gusta Petare, me gusta la capillita, yo estoy contento de mi suerte y doy gracias a Dios todos los días, sin faltar uno...

– Pero, Padre... de vez en cuando tiene que sentirse un poco cansado de tanta quietud; sentirá acaso ganas de hacer algo más, de distraerse... El Padre quedó con la mirada en uno de los candelabros. Creo que se estaba riendo de mí. Contestó sin mirarme siquiera:

– No, nada. Me basta con mis labores de sacerdote. Ustedes no se dan cuenta, pero aquí hay muchas cosas que hacer, muchas... Yo enciendo las velas, yo toco las campanas, yo quito el polvo a las imágenes, yo... ¡oh!, yo tengo que hacer muchas cosas...

Estuve a punto de considerarme vencido. El Padre Veretta pensaría que lo estaba. Le hablé entonces de un detalle de la capilla que sabía que le iba a interesar, y cuando me sentí un poco más cerca de él, volví a darle vueltas a la hebra, al mismo hilo disimulado de mi curiosidad.

Le dí al Padre en el punto flaco. Desperté su amor propio, su orgullo de investigador (ese pecado horrible) y dejó resbalar, sonriendo con un regocijo interior que venía a reventar entre sus labios, chocando contra sus aislados, pero duros dientes de campesino:

– Bueno, es una tontería... Pero todos tenemos que dedicarnos a algo diferente, eso es verdad. Yo estoy estudiando la posibilidad, ¡sólo la posibilidad, eh!, de descubrir el movimiento continuo... Es una cosa pequeña, que no tiene importancia...

"Ya está –dije para mí– ya está roto el hielo. Por esa brecha de orgullo ingenuo y de satisfacción entraría al interior de cualquier secreto". Y le hablé de un amigo mío que también investigaba lo mismo. "¿Cuántos años lleva en eso?", me preguntó. Como le dijera que nos ocho o diez, me dijo como si él fuera por lo menos el tutor de mi amigo imaginario: "¡Yo llevo 40, nada más que 40 dedicado a eso!..." Y yo me dije para mí: "Como que no tiene importancia, es una cosa pequeña, eh?".

Entonces volqué atropelladamente lo poco de aspecto lógico que conozco del asunto, y me guardé, claro está, todo lo que trasciende a chifladura y fantasía, que es lo que más conozco de los investigadores del movimiento continuo. No sé si él escuchó lo que no dije, porque se trancó de pronto, dando un vuelco, cambiando como si se hubiera parado materialmente de cabeza y me dijo que no debíamos hablar más de "eso". Hasta se adelantó con un gesto brusco a acompañarnos de regreso...

Entonces miró al confesonario. Lo vi. Y puso cara de asustado. Yo estoy seguro que se dió cuenta de su pecado, humildísimo pecado de soberbia, y quiso retractarse, volver atrás de aquel camino de satisfacción inocente que había emprendido con la confesión de sus éxitos. Fué un dolor repentino de atrición. Tuvo miedo de ir al infierno. Si no es por el infierno, yo estoy seguro de conseguir el secreto del Padre Veretta en aquel mismo instante...

Perdidas las esperanzas, hice que ya no me interesaba el tema. Mientras caminábamos despacio por el pasillo, le iba hablando de otros motivos: de la decoración de la capilla, de los años que tendría la casa. Con una excusa u otra, yo miraba por todas las puertas y pasadizos de la capilla, la sacristía. No había signos de taller con aparatos para descubrir el movimiento continuo.

Cuando ya nos despedíamos, advertí que había una cortina que quedaba a la derecha, nada más entrar a la casa, tapando el hueco de una puerta. Me dió el corazón que el secreto estaba allí. Aunque no obtuviera datos, quería una fotografía por lo menos...

Se la pedí. Pero no del cuarto aquel, que hubiera sido inútil, sino del mismo Padre. Tenía la esperanza de que se alejaría para cambiar su traje de automovilista de fines de siglo por la sotana negra de reglamento. Entonces nos movimos con prisa. Levantamos la cortina. El cuartito estaba oscuro. Allí estaría seguramente el montón de ruedas y palancas. Hasta oí distintamente el "tic-tac" de la máquina; era un "tic-tac" que trascendía a regularidad que podía durar eternamente. Esto se tarda en contar, pero

sucedió todo entre un oscilar de péndulo. Apresuré al fotógrafo para que tomara la gráfica. El cuarto estaba oscuro, pero podía apuntar al azar con el "flash"; el cuarto parecía tan pequeño que tenía que acertar a la fuerza en aquel rincón. Ya estaba en actitud de disparar cuando nos sorprendió una mujer. Era ya mayor, de gesto un poco serio y agrio. Aún seguía pelando una papa. Tuvimos que dejar. Nos dijo que ella era el ama de cura. Yo tenía la esperanza de que se iría antes de que regresara el Padre. Y yo no ayudé a su conversación, no hablé. Ella esperó seriamente con la papa ya pelada en la mano, hasta que vino el Padre, ya de sotana negra y bonete de día de fiesta. Entonces la mujer se fué. "Esa también le ayuda a guardar el secreto", dije para mí.

El Padre se puso ingenuamente delante de la cámara y esperó. Como el fotógrafo esperaba algo, no disparaba, el buen cura preguntó cándidamente si no estaba bien. Entonces precisamente disparó el fotógrafo. "Pero si me ha sacado cuando no estaba preparado", dijo un poco contrariado. Yo vi sonreír al fotógrafo y dije para mí: "Qué malos son los fotógrafos".

Así se nos escapó la última oportunidad; no, la penúltima. Ya nos despedíamos cuando se me ocurrió algo más:

– Padre, puede decirme la hora? – Me contestó que serían las diez y media. Yo quise saber con exactitud, porque... (y una excusa). Yo esperaba verle salir otra vez, a mirar al reloj. Salió, pero levantando la cortina colgada del dintel de la puerta aquella, la del secreto. Encendió la luz. Nosotros dos asomamos corriendo tras él, casi al mismo tiempo y vimos como el Padre Veretta: las 10 y 27. Entre un montón de muebles viejos, un reloj de pared movía pausadamente su péndulo "tic-tac"...

Dejamos al Padre Veretta un poco vejados. No siempre es fácil escribir un reportaje. Pero de todas formas, me dije, escribiré éste, diciendo cómo no pude hacer el que realmente me había propuesto. Es algo así como declarar públicamente un fracaso; pero es dar también voz pública a la humildad insobornable del Padre Veretta, que estuvo a punto de pecar horriblemente de soberbia, pero venció. Porque estoy casi seguro que él ha descubierto el secreto del movimiento continuo. Al despedirme se sonreía, seguramente pensando en las cosas que no había dicho; yo sonreí también, pero de mí mismo, pensando en lo que no pude sacar de aquella casita tranquila de la capilla del Calvario. Y otra vez sin hablarnos nos entendimos perfectamente. Nos despedimos como buenos amigos. Porque hay que saber perder, sobre todo si se pierde con esa elegancia con que gana el Padre Veretta...

Orra [Martin Ugalde]